



## Capítulo 150 - Gran Sabio Igual al Cielo

La brisa que soplaba en la cima de la lisa montaña era inusual, con una energía extraña y primitiva que erizó el vello de la nuca de Sapphire. El paisaje que la rodeaba era surrealista: el cielo parecía una mezcla de crepúsculo y amanecer, con colores imposibles danzando en las nubes. La montaña, a pesar de su aspecto desolado y desgastado, parecía respirar, como si el suelo mismo estuviera vivo.

Zafiro avanzaba con paso firme, aunque una vacilación casi imperceptible se reflejaba en sus ojos. Odiaba estar allí. No por el peligro, ni por el paisaje inhóspito, sino porque sabía exactamente quién la esperaba.

El aire a su alrededor se densificó, cargado de una energía que vibraba con fuerza e imprevisibilidad. Fue entonces cuando lo oyó. No era una voz, sino una risa. Una risa leve, llena de malicia y desprecio, que resonó por las montañas como si el propio viento se burlara de ella.



"Vaya, vaya, vaya..." La voz finalmente surgió, lenta y divertida. "Pero si es Sapphire Agares en persona. ¿Qué trae al más brutal de los demonios a mis humildes dominios? ¿Me extrañas?"

Zafiro puso los ojos en blanco y cruzó los brazos con impaciencia. "Baja ya, Mono Irritante. No tengo tiempo para tus juegos".

El silencio se apoderó de él por un breve instante, pero pronto fue interrumpido por una figura que emergió de la nada, cayendo literalmente del cielo y aterrizando con una explosión de energía dorada. Cuando el polvo se asentó, allí estaba: el Gran Sabio Igual al Cielo, el Rey de los Monos, Sun Wukong.



Era exactamente como lo recordaba: una sonrisa pícaro, ojos brillantes llenos de travesura y sabiduría, y esa aura arrogante de quien se sabe imbatible. Su ropa, aunque tradicional, parecía casi desgastada, como si acabara de salir de una pelea de bar. A la espalda, portaba el legendario Ruyi Jingu Bang, reluciente de poder.

"¿Siempre has sido así de directo?", preguntó Wukong, ladeando la cabeza y ampliando su sonrisa. "Esperaba un poco más de... emoción. ¿Quizás un insulto? ¿Un ataque repentino? ¿O al menos un '¿Qué tal?'?"

"¿Cómo has estado?", respondió Zafiro secamente, pero su tono era tan sarcástico que cortaba el acero. "¿Lista? ¡Rápido!".

Wukong soltó una carcajada, golpeando el suelo con su bastón. «Nunca cambias, Zafiro. Siempre tan... intensa. Pero dime, ¿qué quieres exactamente de mí? Espero que no hayas venido a pedir ayuda. Sería vergonzoso para ambos».



—No pediría ayuda ni, aunque me estuviera muriendo —replicó Zafiro, entrecerrando los ojos—. Pero esta vez no se trata de mí. Se trata del nuevo Rey Demonio.

La expresión de Wukong cambió sutilmente; su sonrisa se desvaneció levemente y se convirtió en algo más serio. "Ah... así que se trata de él."

—Sí, él —confirmó Zafiro, dando un paso al frente—. Y sé que tú lo sabes. No intentes ninguno de tus trucos, Wukong. Necesito tu perspicacia, y la necesito ahora.

Su sonrisa regresó, esta vez más calculadora. Se giró lentamente, mirando al horizonte, como si contemplara algo lejano. «El mundo está cambiando, Zafiro.



La balanza se está inclinando... Y, por supuesto, tú, yo y todos los demás 'viejos jugadores' sentiremos el impacto de esto».

—Ahórrame tus filosofías baratas —interrumpió Zafiro con impaciencia—. Quiero saber qué sabes del futuro. Sobre Virgilio.

Wukong hacía girar su bastón en una mano con naturalidad, sus ojos brillando de nuevo con esa luz traviesa. «Quieres respuestas, pero las respuestas tienen un precio. Siempre lo han tenido».

Zafiro apretó los dientes. "Wukong..."

Antes de que pudiera terminar, él desapareció, reapareciendo a escasos centímetros de ella, apoyado con indiferencia en su bastón. «Dime, Zafiro», empezó en voz baja, casi un susurro, «¿qué estás dispuesta a sacrificar por estas respuestas? Porque, te lo advierto, la verdad rara vez es amable».



Ella no se inmutó, con la mirada fija en él. «Sacrificaré lo que sea necesario. Pero si sigues dándole largas, te sacrificaré a ti».

Wukong rió, saltando hacia atrás y girando en el aire antes de aterrizar con una ligereza absurda. «Ah, cómo echaba de menos esa encantadora personalidad tuya». Levantó una mano y, como por arte de magia, un pergamino dorado apareció entre sus dedos.

Wukong sostenía el pergamino dorado con una teatralidad exasperante, cuyo brillo resplandeciente se reflejaba en sus ojos traviesos. Lo desplegó lentamente, como saboreando cada segundo de la creciente tensión. Zafiro mantenía la mirada fija en él, su paciencia, tan débil como un cabello a punto de romperse.



"Desafortunadamente, parece que no recibirás tus respuestas", anunció Wukong, leyendo el contenido con una sonrisa cada vez más amplia. Incluyó el pergamino a un lado y luego al otro, como si intentara descifrar algo. "Ah, mira eso... Está completamente vacío. Parece que el destino decidió jugar contigo hoy".

Zafiro se cruzó de brazos, con una mirada tan aguda que cortaba el acero. "¿Te parece gracioso?"

"Más de lo que te imaginas", respondió Wukong, sin dejar de examinar el pergamino vacío. "¡Ah, me encantan estos momentos! El drama, el suspenso, la completa falta de información útil. De verdad, es un espectáculo maravilloso". Saltó con naturalidad, sentándose en una piedra invisible en el aire, balanceando las piernas como un niño.

"Wukong..." advirtió Zafiro, con su voz prometiendo violencia.

Se rió, doblando el pergamino y haciéndolo girar entre los dedos antes de desaparecer de golpe. «Ah, tranquilo, tranquilo. Claro que hay algo aquí... Pero verás, ¿cómo interactúa la positividad con la negatividad? Las respuestas están... codificadas. Por así decirlo».

"¿Codificado?", repitió Zafiro, descruzando los brazos y apretando los puños. "¿Me estás diciendo que este pergamino es inútil?"

—¡Exacto! —La señaló, emocionado, como si acabara de ganar un premio—. Lo entendiste enseguida. Por eso siempre me has gustado, Zafiro. Inteligente y amenazante. Una combinación poco común.

Zafiro dio un paso adelante, el suelo bajo sus pies se agrietó por la presión. "Última oportunidad, Wukong. Descifralo. Ahora."





Wukong se recostó como si estuviera completamente tranquilo, incluso mientras los ojos de Zafiro ardían con una furia capaz de desintegrar montañas. Hizo girar el pergamino entre sus dedos una última vez antes de hacerlo desaparecer en el aire como polvo arrastrado por el viento.

—Ah, ser amigo de Maîtreya es así —dijo con ese tono desenfadado que solo usaba en momentos de extrema tensión—. Ese viejo Buda, siempre tan... misterioso. Le encanta dejar a todos a oscuras, ¿verdad? Pero ya sabes... si no quiere decírselo, pues ya está, vete a casa, pequeño demonio. Pero debo admitirlo... Es fascinante verte tan posesiva... ¿Quién iba a pensar que te importaría alguien?

Hizo una pausa dramática, observándola como si fuera un rompecabezas. "Ah, me encantaría descifrar lo que quieres saber, la verdad. Pero... Si lo que te preguntas es cómo y cuándo lo atacarán por primera vez..." Ladeó la cabeza, con una sonrisa provocativa formándose en su rostro. "Bueno, si yo fuera tú, me iría a casa ahora mismo."

Zafiro se quedó quieta un instante, con los ojos entrecerrados como cuchillas afiladas. Estaba claramente decidiendo entre matarlo allí mismo o desaparecer antes de que pudiera continuar con sus divagaciones.

"Tú..." murmuró, en voz baja y cargada de amenaza, haciendo vibrar el aire a su alrededor. Antes de que Wukong pudiera responder, desapareció; el sonido de su partida resonó como un trueno en la montaña.

Wukong permaneció inmóvil, observando el lugar donde ella había estado, con una sonrisa que oscilaba entre divertida y pensativa. Suspiró, frotándose el cuello mientras miraba al cielo. «Excéntrico como siempre...».

Apenas terminó de murmurar estas palabras cuando una sombra enorme cayó sobre él. Su expresión cambió al instante, abriendo mucho los ojos al darse cuenta de lo que se acercaba.





"Oh, no..."

Sobre él, un meteorito colosal atravesó el cielo, iluminando el paisaje con un resplandor ardiente. La gigantesca roca estaba rodeada de llamas y parecía crecer a cada segundo, como si estuviera decidida a convertir esa montaña en polvo.

Wukong saltó hacia atrás, balanceándose sobre una piedra flotante que apareció mágicamente bajo sus pies. Cruzó los brazos, ladeando la cabeza mientras observaba la destrucción inminente.

"Ella nunca cambia, ¿verdad?", murmuró, más para sí mismo que para nadie más. "Siempre necesita dejar huella."

El meteorito continuó su descenso, y su absurda velocidad creó una ola de calor que dobló los árboles cercanos y agrietó las rocas circundantes. Wukong permaneció inmóvil un instante, como si considerara seriamente no hacer nada y simplemente aceptar el impacto.



Entonces, con un suspiro exagerado, saltó con gracia, girando en el aire mientras una nube dorada se materializaba bajo sus pies. Se apoyó en ella, con las manos a la espalda, observando el meteoro desde una posición más alta.

"Está bien, Zafiro, si así es como quieres jugar..."

Chasqueó los dedos y el bastón dorado, su seña de identidad, apareció en su mano, brillando como un rayo de sol. Lo hizo girar en el aire, agrandándolo hasta que rivalizó en tamaño con el meteorito.



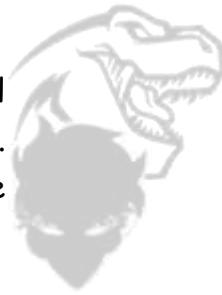
"Veamos quién es más terco, tú o yo."

De un salto, se lanzó hacia el meteorito, blandiendo el bastón por encima de su cabeza. El impacto fue tan fuerte que el cielo pareció vibrar con el sonido. El meteorito se partió en dos, estallando en pedazos que cayeron sobre la montaña como fuegos artificiales infernales.

Wukong aterrizó suavemente de nuevo en la nube dorada, girando el bastón con indiferencia antes de hacerlo desaparecer. Aterrizó de nuevo en la montaña, contemplando el caos que acababa de evitar.

Se encogió de hombros y volvió a sentarse en la piedra invisible como si nada hubiera pasado. "Ah, Zafiro. Sí que sabes alegrarle el día a un viejo mono."

Entonces se echó a reír, y su risa resonó por las montañas mientras el sol desaparecía lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de rojo y dorado. «Quién lo hubiera pensado... quizá incluso estoy empezando a disfrutar de estas pequeñas visitas tuyas».



—Estoy interesado en ti ahora... Nuevo Lucifer... tal vez deje que el Héroe que siga mi camino pelee contigo —murmuró.